



RECUENTO

CON MI CIUDAD

Gonzalo Ponce Ribadeneira

Tras dilatada ausencia, en la que las pupilas del alma han taladrado ansiosas los horizontes, para vislumbrar allá lejos los querenciosos paisajes de la patria, he vuelto a mi ciudad y la he encontrado transformada. No sólo se ha extendido en todas direcciones, no sólo ha crecido y ha evolucionado en intensidad y superficie, sino que en muchos aspectos y por varios costados se ha modificado notoriamente. Al igual que Madrid, que por años y años conservó incambiado su aspecto galdosiano, la vibración de Larra, Mesonero Romanos y Carrere, Bretón, Chapí y Luis Candelas, herencia directa de la picaresca de Quevedo, Cervantes y Lope, y de pronto despertó inquieta para convertirse en una gran ciudad; Quito, que se había embozado gustosamente en los aires finiseculares, mitad convento y mitad bohemia, un mucho pueblerino y un algo ciudadano, se ha desperezado, ha sabido modelar con el barro de la franciscana y tradicional ciudad, la sede digna de la Capital de la República.

Empapada mi retina de los contornos de viejas ciudades magníficas, cuajadas de esplendor y cargadas de siglos gloriosos -París, Roma, Viena, Madrid, Barcelona, Florencia, Venecia, Ginebra o Lisboa- no he podido menos que estremecerme con el cambio. En efecto, en aquellas grandes urbes, todo o casi todo es obra del hombre: los pretenciosos edificios, las catedrales, los monumentos, las estatuas, las amplias avenidas, los parques, las majestuosas perspectivas y casi hasta los ríos y canales, que dejan correr sus aguas bajo puentes levantados en las más diversas edades. La naturaleza suele estar ausente y para escuchar sus voces es preciso salir de las fronteras urbanas, alejarse de los mil ruidos que ensordecen el espacio, huir de la asfixiante contaminación atmosférica. Pero en nuestra ciudad no es así: no sólo se recuesta en el regazo de su imponente montaña tutelar, sino que se extiende, se agazapa y juguetea entre colinas, riscos, quebradas, que trazan sus pinceladas verdes por doquier. Cierto que se lamenta la ausencia de árboles en las calles y se siente la falta de la cantarina ornamentación de las fuentes, al paso que es preciso dejar de lado el desaseo y descuido de gentes que no saben guardar consideraciones para sus semejantes, pero basta encaramarse a cualquier pequeño desnivel para poder gozar de una visión magnífica. No sólo está colgada la ciudad de las nubes, cuyos cendales se abandonan a veces a la tentación de dormir en sus grietas, sino que ella misma quiere contemplar con narcisismo su propia hermosura, para lo cual escala todas las alturas, desbrozando la montaña y decapitando bosques, aunque más tarde los aluviones la cubran de fango.

Por eso, además de perseguir los duendes y fantasmas acurrucados en el casco añoso, cuyo delicioso cronista fue el tan quiteño Don Cristóbal de Gangotena y Jijón; sobre el placer de transitar por los barrios nuevos, orar en sus fastuosas iglesias barrocas, bañadas de oro, saturadas de misterio; meditar en sus claustros, vibrar y estudiar en sus museos, soñar en sus noches serranas; quedan aún el regusto recondito y silencioso de mirar y remirar, por horas y horas, la ciudad tendida en su lecho, como mujer que luce su desnudez magnífica ante miles de ojos ocultos, extáticos, acariciadores, devotos. Es una pena que el pavimento está tan destrozado, que los vehículos vayan dando saltos por el agujereado suelo, pero nada de eso se aprecia desde un mirador. Solo se ve una ciudad encantada, con altos y bajos, con techos y torres, con hendiduras y protuberancias, con luces de equinoccio, sombras y preumbras; con "angel", con hechizo, con ansia de vida supraterránea, más allá de las nubes, más arriba del cielo tan cercano, en las arcanas "Moradas" (como diría Teresa de Jesús) en que vive Dios.

Y embarga la satisfacción de saberse quiteño, de haber nacido en este suelo recoleto, sin pretensiones ni falsos oropeles, sin lujos ni vanidades, pero próximo a las estrellas, en el camino de la luz.

Y a pesar de la transformación sufrida, la ciudad trae a la memoria los recuerdos que se habían quedado quietos en el fondo del alma, pero que estaban allí vivos, esperando la mano que les asistiera, la voz que desde el brocal gritaba: "Lázaro, levanta". Y la lejana juventud retorna, con tantas y tantas cosas que quedaron trucas, unas por obra de la vida, otras en merced de la muerte.

"A los unos los mató la vida,
a los otros los segó la muerte....."